

Una carta de Manuel de Jesús Galván

Roberto Marte

Nota preliminar

Me topé por segunda vez con esta carta de Manuel de Jesús Galván al gobernador de Puerto Rico, por casualidad en un sábado de mercado de la Portobello Road a mediados de mayo de 1977 cuando vivía en Londres en mis años de estudiante. Se hallaba en una pila de números de la vieja *Ilustración Española y Americana* que el anticuario del estanco de libros había arrimado a un lado de la acera. La adquirí por 12 libras esterlinas y cincuenta peniques de la época. Curioso es de todas maneras que llegara hasta allí tras casi cien años de haber sido escrita.

Como decía, esta carta ya me era conocida, pues el año anterior había visto otro ejemplar de la misma en el legajo 4750 de la sección Cuba en el depósito de Ultramar del Archivo Histórico Nacional, de Madrid. Parece que ésta era un duplicado de la primera, pues a un lado de la última hoja tenía apuntada una nota que rezaba “copia de oficio”.

Aunque la actitud escéptica respecto al futuro de la República Dominicana y la hispanofilia de Manuel de Jesús Galván son de todos conocidas, llama la atención, como aparece en esta carta, que su autor andara gestionando el “amparo” de la Madre Patria con el protectorado tan tardíamente, en 1877, “ofreciendo como compensación la península de Samaná” y que expresara “el perfecto acuerdo” entre sus ideas a este respecto y las del presidente Buenaventura Báez (en su último mandato), pese al fracaso hacía unos escasos años de las maquinaciones anexionistas de éste, lo que

llevó a decir a los hermanos Max y Pedro Henríquez Ureña que “el proceso de intelección de la idea nacional” ya había terminado.

En realidad, este era un nuevo proyecto de Báez, esta vez con el apoyo de España, que apelaba al manido considerando de la amenaza haitiana. De modo que tras 12 años de haber concluido la guerra restauradora contra la anexión española, Galván reincidía en el tema en vez de haber enmendado la falta de haber formado parte activa de la facción anexionista.

Es obvio que de haberse conocido esta carta entonces, habría despertado la crítica de los amigos del novelista, quien en verdad fue más intelectual que político en ejercicio, no sólo porque sus argumentos eran indefendibles sino porque entraban en conflicto con el ambiente político de la época. Porque en el ámbito de la concepción nacionalista la conducta de Galván manifestada en esta carta no habría sido un mero delito de caballeros. En verdad el texto de esta carta es expresivo de un problema de raíces muy profundas que se interpuso en la forja de la nación dominicana.

Aludiendo a Galván, Américo Lugo escribió que “Todos los pueblos ilustrados veneran a sus grandes ancianos: olvidan sus faltas si las tuvieron para no acordarse sino de su talento y virtudes”. Nadie, que yo sepa, ha puesto en duda las virtudes literarias de Manuel de Jesús Galván ni su distinción como hombre público. Este merecido reconocimiento de su prestigio intelectual y hasta de su calidad humana no puede ser tema de regateo político. Pero en vez de esos galanteos, Lugo debió preguntarse cómo fue posible que Galván, siendo amigo cercano de las principales cabezas nacionalistas del país y no un intelectual marginado, y tras haber formado parte del gobierno del virtuoso Espaillat, no evolucionó a favor de la república soberana.

DOCUMENTO

**Excmo Señor Don Segundo de
la Portilla, Gobernador Capitán General
de Puerto Rico**

Sto. Domingo, 6 de Set. 1877

Mi respetado General y amigo:

Creí haber tenido la satisfacción de verle á U. por esta misma ocasión y á mi paso por Mayagüez el mes anterior, supliqué á mi amigo el Señor Coronel Martínez que así lo anunciara a U. al saludarlo en mi nombre.

No ha podido ser todavía, aunque haré lo posible por ir pronto á concluir arreglos de intereses que reclaman mi presencia.

Entretanto, deseo aprovechar el tiempo, enterando á U. de particularidades que juzgo merecerán su atención, y que yo celebraré infinito fueran eficaz estímulo á una hábil iniciativa gloriosa para Ud., y provechosa para el nombre y los intereses de su Patria.

La nota adjunta contiene indicaciones fieles, de cuya exactitud responderé en todo tiempo: no tengo otro móvil al dirigirla á U. que servir los intereses de dos pueblos que igualmente amo, y que las circunstancias colocan en aptitud de ser recíprocamente útil el uno al otro. Quedaré ampliamente recompensado con la satisfacción de coadyuvar a aquel fin.

Puede Ud. contestarme de un modo seguro con sobre escrito al Señor Cónsul de Italia en esta Ciudad. El tiempo urge.

Es de Ud., con la más alta consideración su affmo amigo y muy s. s.

Q. B. L. M. de V. E.

Manuel de J. Galván

Confidencial

Nota

La sorda hostilidad de los haitianos se hace cada día más importuna para la República Dominicana, cuyas contiendas civiles no pueden terminar, fomentadas por el Gobierno haitiano, que da asilo y abierta protección a todos los revoltosos.

Esta enojosa situación ha acabado por convencer a todos los hombres sensatos de la absoluta necesidad de procurar un punto de apoyo para la existencia política del Estado Dominicano en un Gobierno extranjero.

Una experiencia práctica de las dificultades que asedian á esta República ha producido un perfecto acuerdo entre mis ideas á este respecto á las del Señor Presidente D. Buenaventura Báez, quien se inclina también, de preferencia absoluta, á buscar ese punto de apoyo en el Gobierno de la Nación Española.

Abandonada á sí misma la República, es evidente que una guerra con Haití amenaza poner fin á esta trabajosa y triste existencia: la suprema necesidad de vivir, el instinto de conservación conduce pues los dominicanos fatalmente á aceptar cualquier mano que se le ofrezca en son de amparo. Esa mano está siempre pronta, y es la de los Estados Unidos de América.

Pero esto repugna á muchos, á mi y á mis amigos; al mismo Señor Báez, sin duda. En cambio, la Nación Española conserva aquí más vivos que nunca recuerdos simpáticos, y tengo la seguridad de que nada sería hoy difícil, en el sentido de acercar los dominicanos á España, no obstante la vocinglería de unos pocos mentecatos.

Es ineludible para el Gobierno Dominicano, después de haber apurado inútilmente, de poder á poder, las vías de una conciliación decente con los haitianos, ó declarar la guerra a Haití, ó referir sus diferencia á una mediación extranjera, último recurso pacífico. Esta mediación que los dominicanos aceptarían con gratitud, la iniciará seguramente el gobierno de los Estados Unidos, si no quiere hacerlo el Gobierno de S. M. el Rey Don Alfonso XII.

Esto último es a lo que todos, ó la mayor parte de los dominicanos, desearíamos. En tal caso, he aquí el pensamiento en que hemos coincidido el Señor Báez y el que escribe. Siendo de notoriedad pública, y aun de notoriedad oficial

para España (por la nota colectiva que en fin de Julio se dirigió por una comisión diplomática dominicana a varios representantes de potencias extranjeras en Port-au-Prince; véase la Gaceta adjunta), el estado tirante de las relaciones entre las dos repúblicas; pudiera el Gobierno español ofrecer su mediación para un arreglo equitativo y pacífico, fundándose en la probabilidad de que la guerra entre ambos pueblos, tan vecinos a Cuba, pudiera ser una fuente nueva cuidados, y un peligro de complicaciones nuevas para la Antilla española.

Tomada así la iniciativa por España, y aceptada como lo sería inmediatamente, por el actual gobierno dominicano, el Gobierno español, para conjurar los celos de otras potencias, convidaría a asociársele en esta mediación á los gobiernos de los Estados Unidos y de Francia. Existe el precedente de que en 1853, ya Francia é Ynglaterra se asociaron para ejercer una mediación igual entre los dos Estados, que no dejó de surtir buenos efectos. Después, el inmediato resultado de la gratitud del Gobierno dominicano sería solicitar el protectorado español, ofreciendo como compensación la península de Samaná. Así, Samaná vendría a ser una colonia próspera, nada costosa, que recojería todas las fuerzas útiles, la población más laboriosa, más honrada y de mejores ideas en todo el país. Los hombres de orden tendrían contra todo evento ese refugio dentro de casa.

Si es innegable que España perdió mucho de su prestigio en América con el abandono de Santo Domingo, y que el error de creerla débil por ese hecho le produjo la guerra del Pacífico y la insurrección de Cuba; no puede estar oculto que ese prestigio renacería lozano, con gloria para el reinado de D. Alfonso, si este pueblo vuelve á solicitar el auxilio de su antigua Madre Patria; y esta agranda sus dominios americanos con la importante adquisición de Samaná. El efecto moral sería de inmediatas consecuencias para la completa pacificación de Cuba.

Todo lo contrario sucederá si -lo que el Cielo no permita- los dominicanos, no contando sino con el desdén de España, se ven reducidos á la estremidad de procurar su salvación en los Estados Unidos de América, lo que en mi sentir siempre sería evitar un mal con otro.

Santo Domingo, 6 de Setiembre, 1877.